

deaban. Declaró después que nunca había sentido más alegría que cuando salió de Pont-à-Mousson, Nancy y Besanzón, «en cuyas ciudades—decía—no la conocían, y se engañaban en la opinión que de ella tenían.»

No sabía lo que la esperaba á su vuelta al centro y Mediodía de la Francia. Iba á obtener allí mayores aplausos, más honores, una veneración más profunda y aun más entusiasta. Todavía veremos á la Madre de Chantal, durante algunos años, sufrir con estos honores, llorar cuando le cortan los hábitos, salir apresuradamente de los lugares en que la aclaman y llevan en triunfo, diciendo como en Besanzón: «Salgamos, salgamos de aquí; estas gentes se engañan completamente.» Después, y á medida que adelante en edad, humildad y santidad, cuando haya llegado al último grado de la muerte de sí misma, la veremos no advertir estos honores, abandonar sus manos á los que quieran besárselas, sin rechazarlos ni pensar que se trataba de ella, del mismo modo que cuando San Francisco de Asís principiaba á recorrer el mundo, y que sus llagas se veían en sus manos y en sus piés, atrayendo hacia él un inmenso gentío, el Santo escondía vergonzosamente sus manos, y si le cortaban el hábito ó su cordón, las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y se le oía decir sollozando: «Estas gentes están locas honrando así á un pecador.» Pero después, al fin de su vida, él mismo tendía sus manos agujereadas á los peregrinos, y como se admirase de esto un hermano joven, le dijo: «¿Pues qué, hermano mío, creéis que estas buenas gentes piensan en mí?» La mirada del amor propio se había apagado en él.



## CAPÍTULO XXIV

Viaje de la Madre de Chantal á Orleans y á París.—Admirables virtudes que florecían en la Visitación en sus primeros tiempos.

1626—1630

Los tres años de Superioridad de la santa Madre de Chantal en Annecy habían concluído. Elegida, ó más bien reelegida en 27 de Mayo de 1623, su poder expiraba el día de la Ascensión de 1626. Como estaba entonces muy ocupada en la fundación de Pont-à-Mousson, y le era imposible estar en Annecy en la época de la elección, envió á las Hermanas su renuncia, fechada desde Pont-à-Mousson, con una carta en que las recordaba su voluntad decidida de someterse enteramente á las reglas, y en consecuencia, no admitir su reelección. Las Hermanas, que en 1623 habían hecho la experiencia de su firmeza, comprendieron era inútil insistir, y admirando su humildad, sintiendo quedarse sin su gobierno, aceptaron su renuncia, y eligieron en su lugar á la Madre de Chatel. En cuanto las Hermanas de Orleans supieron que su santa Fundadora no era ya Superiora de Annecy, se apresuraron á elegirla Superiora de su propia comunidad, y le escribieron suplicándole fuese cuanto antes á Orleans. Desgraciadamente para estas Hermanas, San Francisco de Sales había dejado mandado que la Madre de Chantal no se encargase

nunca del gobierno particular de otro monasterio que del de Annecy, fuente y modelo de todos los demás, á fin de que pudiese más fácilmente arreglar y dirigir los negocios de la Orden. No pudiendo, pues, aceptar el cargo que la imponía la elección de Orleans, pero queriendo dar el ejemplo de la obediencia que deben todas las Superioras á las comunidades que las piden, después de haber descansado un poco en Annecy y haber concluido algunos negocios, de que hablaremos después, partió para Orleans, llevando consigo tres ó cuatro Hermanas para la fundación de Cremieux, que pensaba hacer á su paso por esta ciudad.

Cuando salía del convento llegaba á él el señor de Granieux, caballero de Grenoble que, atormentado hacía muchos años de terribles dolores de cabeza, iba con objeto de buscar la salud en el sepulcro del bienaventurado Francisco de Sales. Al ver á la Madre de Chantal, á quien conocía hacía mucho tiempo, corrió á saludarla. Esta le devolvió afectuosamente su saludo, y en el momento en que le daba los buenos días, apoyó su mano sobre la cabeza del Sr. de Granieux, quien en el mismo instante se sintió completamente curado; por lo cual, lleno de alegría, decía: «Yo había venido á que el Santo me diera la salud, y la he recobrado por medio de la Santa» (1).

Desde Annecy partió directamente la Madre de Chantal para Cremieux, llevando consigo á la Hermana María Adriana Fichet, destinada para ser la Superiora, y tres Hermanas profesas. La ciudad era pequeña, pobre, y ofrecía tan pocos recursos para lo espiritual, que no se hubiera verificado la fundación á no ser por respetos á dos señoras de gran virtud y mérito, muy queridas de la Madre de Chantal, y que merecían serlo: las señoras de San Julien y de Mepieu, las que

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 217.

habían trabajado con grande afán y sufrido mucho para alcanzar las autorizaciones necesarias, y prepararlo todo para la fundación. La santa Madre les dió las gracias á estilo de los Santos.

La misma noche del día en que se estableció el monasterio, de repente, y cuando todo el mundo estaba acostado, se prendió fuego en casa de las dos fundadoras. Un viento fuerte activaba y aumentaba el incendio. Los terribles relinchos de los caballos encerrados en las cuadras, llevaban muy lejos el miedo y el espanto. Corrieron á decirselo á la Madre de Chantal, «y, ¡cosa milagrosa y reconocida por todos! en el momento en que la bienaventurada se arrodilló, se apagó el fuego como si hubiera caído encima un diluvio de agua. Los techos, que principiaban á hundirse, quedaron como suspendidos en el aire, y se encontraron montones de paja medioquemados: sólo un poder sobrenatural pudo detener y apagar este fuego, que era tan voraz, que ¡basta decir que se encontraron en los pesebres caballos de tiro de granalzada, de valor de cien escudos cada uno, muertos y enteramente abrasados. Todos gritaban: ¡Milagro! ¡milagro! Pero la humilde sierva de Dios no dejó de inculcar con todas sus fuerzas que este milagro se había otorgado por intercesión del Santo Fundador, á cuyo sepulcro había hecho voto de que la señora de Mepieu llevaría una casita de plata, lo que esta señora ejecutó fielmente. Pero por más que hizo esta alma verdaderamente humilde, no pudo impedir que le atribuyesen el milagro, y desde entonces todos los habitantes de Cremieux le tienen especial devoción» (1).

En Cremieux dejó por Superiora del nuevo monasterio á la Madre Adriana Fichet, como indicamos arriba, y prosiguiendo su viaje hacia Orleans, llegó la Ma-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 218.

dre de Chantal á Paray-le-Monial. Gracias á la protección del Marqués de Ragny, Gobernador de Charolais, se acababa de establecer allí hacia un mes un monasterio de la Visitación, por una pequeña colonia procedente del monasterio de Lyon. La humildad de la Santa se manifestó en el momento de poner el pie en el umbral del convento. La señora de Toulangeon, su hija, que la traía en su coche, tenía permiso para entrar en el monasterio. Al abrirse la puerta se adelantó esta señora para seguir á su madre, pero ésta la detuvo, diciéndola: «Francisca, espera un poco, para que yo sepa si la Superiora de aquí es gustosa de que éntres en su monasterio.» Y llamando á la Superiora—que lo era la joven Hermana Margarita Isabel Souzion—le dijo: «Mi querida Hermana, esta es mi hija, que tiene permiso para entrar, pero no quiero se aproveche de él sin vuestro consentimiento.» Las personas que estaban presentes, se enternecieron hasta derramar lágrimas, viendo á la venerable Fundadora obrar con tanta humildad y tan sin autoridad respecto á sus religiosas, y conocieron por esta señal inequívoca la verdadera santidad de esta venerable Madre (1).

Después de haber pasado tres días en el monasterio de Paray animando mucho á las Hermanas, que eran pocas en número, muy pobres y con una casa muy mala, la Madre de Chantal partió para Autun. Su entrada en esta ciudad fué un triunfo. Durante todo el tiempo que permaneció en ella, no podía ir por la calle sin verse oprimida de un inmenso gentío que deseaba verla. Los niños, sobre todo, eran tan importunos como es natural á su edad, y cuando podían llegar hasta la Santa y ésta los había acariciado según su costumbre, corrían por todas partes publicando que habían visto á la Santa. Un día, en particular, vino un ejército de

(1) *Fundación inédita de Paray-le-Monial*, pág. 281.

ellos, y con sus idas y venidas á su alrededor manifestaban bastante su vehemente curiosidad. Quisieron echarlos, pero la Madre de Chantal lo impidió, y dijo era justo contentar á estos inocentes, y levantando su velo para que la vieran bien, los acarició con bondad.

La curiosidad de los niños de Autun la veremos en todas partes, conforme vayamos siguiendo nuestra historia. En efecto, en cualquier parte en que se encuentre la Madre de Chantal, será preciso que se levante el velo, que deje ver su rostro tan grave, tan serio, tan bondadoso, tan humilde y tan radiante de fervor. Y en verdad, digámoslo de paso, este es el encanto y una parte del poder de los Santos. No se les mira solamente su interior, si me atrevo á explicarme de este modo, se les ve por de fuera. Jesucristo, que habita en su corazón, reside también en su fisonomía, y deposita sobre su frente un no sé qué de sobrenaturalmente bello, que arrebató el alma y la conmueve sin turbarla.

Todos los religiosos de Autun fueron muchas veces á ver á la Madre de Chantal, unos para congratularse por haber visto á una Santa—decían,—otros para recibir sus consejos. El P. Rector de los Jesuitas la presentó con este mismo objeto todos los profesores jóvenes de su colegio; pero la Madre de Chantal quedó tan confusa con semejante honor, que no pudo articular más que algunas palabras de humildad. Lo mismo sucedió cuando el P. Guardián de los Capuchinos la alabó en voz alta delante de muchas personas, por lo mucho que había ayudado á la fundación del Instituto. El rubor le subió al rostro, y no pudo responder otra cosa sino que Dios emplea algunas veces para sus obras los instrumentos más humildes, pero que de nada había servido en la santa empresa de la Visitación.

Si tanta era la veneración que el mundo sentía por la Madre de Chantal, ¿qué diremos del claustro? Todas las religiosas la rodeaban como si fueran niñas, y reco-

gían con ansia, en cuadernos que aún subsisten, sus menores palabras. Cuando llegó á Autun, había en el monasterio una novicia que el capítulo había desechado, y que, afligidísima con esta decisión prometía mil cosas respecto á su enmienda en lo sucesivo; la Madre de Chastelluz, conmovida con sus lágrimas, se inclinaba á que siguiese en su probación, y lo consultó con la bienaventurada Madre de Chantal. «Y qué, hija mía—respondió esta con firmeza—¿dais tan poca importancia á las deliberaciones de un Capítulo, en que preside el Espíritu Santo? Es menester no contrariar de modo alguno lo que se ha resuelto de este modo y en esta Junta. Despedidla, puesto que así se ha decidido, y en cuanto á mí, creo que esa joven está llamada á otra parte.»

Se la habló también de una joven de catorce años que manifestaba un vivísimo deseo de recibir el hábito de novicia, y se deseaba se la dispensase la edad. Pero lo rehusó absolutamente por respeto á las reglas, que es menester no infringir, y sobre todo, esta de la edad, que es importantísima; añadiendo también con su penetración profunda y grande experiencia, que aquel fervor sería poco duradero, y que aquella joven nunca sería religiosa, como en efecto sucedió, aunque entonces no podía pensarse así.

Hasta entonces las Hermanas de Autun vivían en una sencilla casa de alquiler, y suplicaron por lo tanto á la bienaventurada que las escogiese por sí misma un lugar á propósito para edificar un monasterio, persuadidas de que esta elección les traería mil gracias y consuelos. A la verdad no se engañaron: el lugar escogido por la Madre de Chantal, además de la soledad y la paz de que gozaban en él, vino á ser al instante teatro de admirables maravillas. Apenas se levantaban las paredes del suelo, cuando se empezaron á oír en él conciertos y armonías humanamente inexplicables. «Se hubie-

ra dicho que se juntaban en este lugar músicos celestiales para cantar las alabanzas de Dios, y hacer por sí mismos la dedicación de esta nueva mansión de su amor y de su gloria. Después, cuando las religiosas tomaron ya posesión de su monasterio, se oyó muchas veces una voz sobrenatural que se unía á la de las Hermanas que cantaban el Oficio. Cantaba por un tono más alto que todas sin hacer disonancia, causando en el alma de cuantas la oían tan dulce sentimiento de la presencia de Dios, que les parecía estar en el cielo; pero así que se quería gozar del placer que el oído recibía con esta voz, cesaba inmediatamente. Principalmente se hacía oír en las fiestas principales, y durante las Antífonas del Oficio de Nuestra Señora (1).»

Al salir de Autun partió la Madre de Chantal para Orleans, donde fué recibida con una alegría imposible de describir, y á la que siguió la tristeza más profunda, cuando la Santa les declaró no podía aceptar el cargo que le ofrecían. Permaneció, no obstante, tres meses en el monasterio, y durante todo este tiempo condescendió en hacer todas las funciones de Superiora, con una exactitud, una dulzura y una humildad que servían á las religiosas de grande edificación. Al cabo de este tiempo hizo reunir el Capítulo para la elección de Superiora, y dejó la casa después de haber dado á toda la Orden el ejemplo de la obediencia, y enseñado á las Superioras que nada debe impedirles el ir á los monasterios donde son elegidas.

De Orleans pasó la Madre de Chantal á París, inquieta con las noticias que de allí recibía, y las urgentes cartas de la Madre de Beaumont. Esta perfecta religiosa, que había gobernado tan sabiamente el primer monasterio de París, y que casi sin dinero, sin recursos, y con sólo una admirable confianza en Dios acababa de

(1) *Fundación inédita de Autun*, págs. 230 y siguientes.

fundar el segundo, era el blanco de los más vivos ataques. En el fondo no la perdonaba el feliz éxito de sus empresas. Los elogios de tantas personas distinguidas, y sobre todo el afecto que le profesaban las dos Reinas, María de Médicis y Ana de Austria, que pasaban horas enteras con ella en el locutorio y en su celda, excitaron los celos más ardientes. La tempestad era tan fuerte, que á cada instante se temía que con su ímpetu destruyera el monasterio.

La Madre de Chantal se apresuró á ir á París. Un rasgo que nos han conservado las antiguas *Memorias*, manifiesta cuál era ya entonces la reputación de la bienaventurada. En cuanto se supo su llegada hubo tal afluencia de gente á visitarla, que la Hermana portera, Ana María Verdelot, quedó rendida de cansancio. Al segundo día se le hincharon las piernas, sus piés cho-reaban sangre, y al tercero estaba coja, y le fué preciso quedarse en cama.

Se había confiado en que la sola presencia de la Madre de Chantal calmaría los ánimos; pero no fué así. Viendo, pues, que la tempestad no se aplacaba, esta gran sierva de Dios, que según las circunstancias sabía resistir el torrente ó cederle el paso, creyó era menester calmar todas las cosas, mandando partiese inmediatamente la Madre de Beaumont para Annecy y dejase á París. En estas circunstancias no se desmintió la virtud de la Madre de Beaumont (1). Hizo al instante sus preparativos, consoló por sí misma á sus Hijas, que se deshacían en lágrimas, y dió las gracias tan generosa y humildemente á la Reina de Austria, que quería emplear su influencia para impedir su marcha, que esta gran Reina, al salir del locutorio, decía en voz alta que acababa de hablar con una santa. En medio de tan her-

---

(1) *Carta de la santa Madre de Chantal á la Madre María Jacobina Favre*: 30 de Marzo de 1628.

mosos actos de firmeza y obediencia, una palabra que se le escapó hizo ver hasta dónde llegaba también la delicadeza de su conciencia. Consolaba á una de sus Hijas, y casi sin pensarlo dijo que se la había sacrificado á la pasión de otra persona, y esta palabra le causó tal turbación, que al instante envió á buscar á San Vicente de Paúl, su confesor, y supo de este gran director que no sabía lisonjear á las almas, que Dios la había dejado caer en esta falta para abatir el orgullo secreto que su firmeza podía tal vez haberle inspirado (1).

La pronta y enérgica decisión de la Madre de Chantal, la perfecta obediencia de la Madre de Beaumont, y la llegada de la Madre de Favre, disiparon todos los obstáculos, y como muy á menudo sucede, no se oían más que alabanzas, donde sólo resonaban antes amargas críticas. La santa Fundadora, después de haber permanecido algún tiempo en el segundo monasterio, fué á visitar el primero, gobernado por la Madre María Elena L'Huiller, y todo el tiempo que estuvo en París pasó de uno á otro sin apegarse con particularidad á ninguno, consiguiendo dejar á los dos en una prosperidad igual á su fervor.

Las cartas que la Madre de Chantal recibió en París la llenaron de alegría. Muchas fundaciones principia-das hacía poco, se concluían felizmente en diversas partes de Francia. La de Embrum, hecha por una pequeña colonia que había salido de Grenoble (26 de Abril de 1625); la de Blois, en que algunas Hermanas venidas de Nevers encontraron al pronto grandes dificultades, que disipó al instante la prudencia y la actividad de la Madre de Monthouz (4 de Noviembre de 1625); la de Bourg-en-Bresse, salida de Annecy, que se creyó iba á perecer, pero que la Madre Favre había resucitado, digámoslo así, por medio de un acto de intrépida confian-

---

(1) *Vidas de varias Superiores*, pág. 94.

za en la Providencia. Requerida por una bienhechora inconstante y de mala fe, para que devolviese los treinta mil francos que había dado para comprar el monasterio, y con los cuales había pagado en efecto, no titubea, toma prestada esta suma, la vuelve á la donante, y excita con esta generosidad tanto entusiasmo, que las novicias acuden de todas partes (19 de Marzo de 1627). La de Dol, en Bretaña, debida á las ardientes oraciones de un santo Obispo, el Ilmo. Sr. de Revol, antiguo amigo de San Francisco de Sales y admirador ardiente de la Madre de Chantal (21 de Octubre de 1627); en fin, la del segundo monasterio de Lyon, en las alturas de Fourvieres. «Aunque la casa que se trataba de comprar—dicen las antiguas *Memorias*—merecía bien su nombre de *Antiquailles* (1), como estaba en la cima de la montaña, desde la cual se gozaba en todas direcciones de un hermoso punto de vista, y sobre todo, como era una tierra santificada con la sangre de los Mártires, y en la que todavía se veían impresos los sagrados vestigios de San Potino y San Ireneo, la Madre de Blonay se consideró muy feliz pudiéndola comprar, y acababa de establecer el 21 de Noviembre de 1627 el segundo monasterio de Lyon, que era el trigésimo de la Orden. San Francisco de Sales había fundado los trece primeros en doce años, y la Madre de Chantal, en cinco, había visto nacer los otros diecinueve.

Pero lo que aún más que la rápida propagación de su Orden regocijaba á la Madre de Chantal y consolaba á la Iglesia, eran las grandes virtudes que florecían entonces en todos los monasterios de la Visitación. Séanos permitido detenernos un poco aquí. Los primeros años de una Orden religiosa, se parecen á los primeros días de un noviciado. Tienen esa frescura, ese no sé qué

---

(1) Esta palabra equivale en castellano á la de *antiguallas*. (Nota de la traductora.)

de joven en el amor, que no se encuentra ya. Después de los largos pormenores en que hemos entrado para hacer comprender las reglas y el espíritu de la Visitación, nos será muy grato descansar un instante contemplando las admirables virtudes que estas reglas hacen brillar en todas partes.

Se recordará que, obligado San Francisco de Sales á renunciar á las maceraciones corporales, y no pudiendo abandonar la crucifixión de la naturaleza y la muerte de sí mismo, que son las bases de la vida religiosa, se había aplicado á reemplazar las mortificaciones de la carne con las del espíritu. Su pensamiento había sido comprendido admirablemente. En primer lugar, la obediencia se practicaba con un ardor y exactitud extraordinaria por las Hijas de la Madre de Chantal, y, según la expresión de esta santa Fundadora, á todas sus religiosas se las podía torcer como si fuesen pañuelos, tomarlas ó dejarlas, enviarlas al cabo del mundo y apretarlas de mil maneras, sin arrancarlas una queja ni una negativa. La Madre Favre, á quien hemos visto en el mundo tan amiga de la independencia, que no creía felices sino á las viudas porque estaban libres de toda atadura, había llegado á ser en el claustro el modelo de la obediencia. Llamada de Montferrand á Dijón por la Madre de Chantal, pero tan amada de los magistrados y del pueblo, que se le negaba toda clase de carruaje y tenía guardia á las puertas, declaró que saldría á pié cuando menos lo pensasen, y, si era preciso, disfrazada como una pobre mujer; y de hecho se escapó una noche, y se metió en la primera carreta que encontró para no faltar á la obediencia (1). En Belley, los más distinguidos personajes querían detener á la Madre Margarita Michel. «¡Ay!—dijo—primero que quedarme contra la voluntad de mis Superioras, escalaría las mu-

---

(1) *Vidas de las primeras Madres*, vol. I, pág. 38.